

CAPITULO XIV.

Continuacion de nuestras escurciones por la ciudad de Nueva-York. Las salas de Justicia. Washington Market. Chatham Street, Borvery y otras calles de Nueva-York. El Teatro. Salones de música. Cooper institut. Bible Houe. Visita á Marta, y continuacion de su historia.

Continuamos nuestras escurciones acompañadas siempre de nuestra querida familia, y algunas veces de Marta.

Un dia nos dirigimos á visitar Las Tumbas ó sala de justicia. Es este edificio, en su construccion exterior, una mezquina parodia de los templos de Menphiis en Tebas; se nota en su arquitectura cierto pesadez y solides; el edificio es como aplastado, lo que le da un aspecto particular que llama siempre la atencion de los transeuntes: nosotras quisimos visitarlo, por ser la prision mas notable de Nueva-York.

Dásele el nombre de Las Tumbas, por serlo realmente en vida de los infelices, que allí arrastran una existencia miserable.

La fachada de esta cárcel que da á centro Stret con su portico y frontispicio abrumadores, y con el tetrico aspecto del cuadrangulo que forma la entrada, es sin duda alguna obra maestra de ingenio en el arte de comunicar á un edificio el mayor grado posible de repugnancia, de horror y desconsuelo.

Lo primero que se presentó á nuestra vista, al atravesar el umbral de aquella puerta, fué un espacioso salon destinado á ser el tribunal de justicia, donde los reos son conducidos para ser juzgados, y escuchar su sentencia.

La distribucion y arreglo de Las Tumbas, en su interior en la parte carcelaria, se distingue poco de los demas establecimientos de esta especie, no se nota en él comodidad ni gran ventilacion; el local es reducido, y esto da lugar á la aglomeracion de presos, cosa bajo todos aspectos de funestas consecuencias. Hay once calabosos especiales de gran seguridad, destinados á los condenados á muerte, ó á largos años de prision; estas húmedas y oscuras masmorras oprimen el espíritu, y al ver sus gruesos cerrojos, el corazon se extremece pensando en las amargas horas que allí pasará el tris-

te presidario, ó el infeliz condenado, que cuenta los instantes que le restan de vida.

Con el corazón oprimido salimos de aquellos calabosos, para penetrar en otros seis menos sombríos, destinados á los convictos de crímenes menos graves.

En seguida recorrimos otros calabosos mas amplios y ventilados, destinados al hospital de los pobres prisioneros.

En la parte superior á la que nos trasladamos por incómodas escaleras, se encuentran en largos pasadisos, por una parte sesenta calabosos, ó celdas para hombres, y por otra veintidos para mujeres.

Solo se encierran en Las Tumbas los reos de crímenes graves, todas estas masmorras tienen el aspecto sombrío é incómodo de un calaboso, de una prision: cada preso cuesta al gobierno aproximativamente treinta centavos para su mantencion.

Cuando visitamos Las Tumbas, no era muy crecido el número de prisioneros. La parte interior del edificio, que rodean los calabosos, es el lugar donde se aplica la última pena; y aun cuando nada denota el destino que está llamado á tener; la lobreguez que lo domina, las barras de hierro que cierran los estrechos huecos por donde apenas entra el aire y la luz en los calabo-

sos, al parecer incrustados en las solidas paredes de piedra gris, y las lugubres ideas que surgen á la mente del que recorre aquellos funestos sitios, imprimen un sentimiento involuntario de terror, cada vez que el eco reproduce en aquel sombrío recinto el ruido de los pasos.

Nosotras al ver esa prision meditabamos en la vida del presidario. Nos hallabamos en la mansion del crimen; en medio de esas infelices víctimas que sucumben miserablemente, perdiendo muchas veces con su honor su misma existencia! Cuantas, al cometer los terribles delitos que se cuentan en el mundo, son jefes ya de una familia, y legan á sus hijos un nombre de infamia, del que no pueden menos que avergonzarse.! ¡Ah! esto es bien doloroso!

Nuestra vista fijábase con detencion en cada uno de aquellos seres, en los que generalmente se ve impreso un sello de melancolia muy marcado; algunos pasean juntos por aquellos patios, otros lo hacen solos, porque horriblemente agitados rechazan toda sociedad en esos momentos en que no pueden ocuparse mas que de sí mismos, en los que solo pueden tener delante sus faltas, y ¡ojalá fuese siempre para odiarlas!

Mas cuando se reunen con sus compañeros ¡qué conversaciones tendrán lugar entre ellos!

¡Oh! no se escucharán allí mas que horribles relatos: cada uno referirá su crimen, tratando por supuesto de minorar su delito, y cuando pasean por el ya mencionado patio, en el que generalmente tienen lugar los fusilamientos; el que contempla pocos momentos antes lleno de vida á un hombre, y pocos momentos despues ve su cadáver ensangrentado; ¿qué sensaciones experimentará? y el que tiene que sufrir igual sentencia; ¿cómo sentirá oprimido su corazon al contemplar este espectáculo? Solo el que se halla encontrado en una situacion semejante puede comprender toda la fuerza de los tormentos, que torturan esos infelices corazones! y sin embargo ¡cuántas veces contemplamos esos desgraciados presidiarios con una calma, que no puede menos de asombrar..... parece que no han cometido ningun crimen..... Sonrien, y se entretienen agradablemente: mas aunque aparentemente esto demuestran. ¿Se encontrará su interior como su exterior? ¡Hé aquí el misterio!

Es verdad que existen hombres tan avesados al crimen, y que tienen el corazon tan encallado en el mal, que son incapaces de sentir nada; pero ¿no tendrán remordimientos? Sus crímenes podrán verlos con indiferencia; pero ¿el castigo que necesariamente debe imponerse á ese crimen lo

verán de la misma manera? Se nos hace duro créerlo así: el amor á la vida es generalmente muy natural, y aunque muchas veces el castigo del delito no tenga (como sucede mas comunmente) por término la muerte; es una muerte moral cualquier castigo que deba el hombre experimentar.

La libertad es el don mas precioso que el hombre disfruta, privarlo de ella.... encerrarlo en una tenebrosa prision.... ligar sus miembros con la cadena del presidiario, condenarlo á ser el ludibrio de sus propios amigos, y á comparecer ante el público con esta señal de ignominia, son sufrimientos superiores á toda ponderacion.

Todas estas reflexiones se agolpaban á nuestra mente al recorrer Las Tumbas, y verdaderamente impresionadas salimos de aquella prision; cuando nos vimos en la calle respirando el aire libre, nuestro corazon se ensanchó, y con tristeza fijamos nuestra vista en el lugubre edificio, pensando en los seres infelices que allí pasaban largos años, ó que condenados al presidio por toda la vida, solo pasan el umbral de aquella puerta, para que sus restos sean depositados en la noche, en el silencio de una sepultura.....

Preocupadas, y con el corazon contristado, nos alejamos de aquella mansion del crimen, y pronto la animacion y la vida de las calles de la her-

mosa ciudad fueron borrando en nosotras, las funestas impresiones que acabamos de recibir.

Después de atravesar diversos lugares, llenos de movimiento y de vendimias, nos detuvimos ante «Washington Market», mercado de Washington que es el punto destinado á los comestibles vendidos al menudeo.

Forma este edificio un mercado de madera, tan extenso como irregular, rodeado de otros edificios menores y de numerosos tinglados, que presentan en su conjunto un aspecto desagradable y poco aseado; apesar de esto, tanto en su interior como en su exterior no carece de novedad é interes, pero más bien que por el local, por las variadas exenas que en él se representan, y por la especialidad de la etereogenea muchedumbre que allí ocurre.

Los tinglados se ven ocupados por los vendedores de ámbos sexos de menor categoría; pero por todas partes reina igual movimiento y animacion.

Por aquí vemos mujeres del bajo pueblo, con cestos de pescados en la cabeza, por allá robustos mosos con trozos de carnero en el hombro, que los conducen de una á otra parte, ó los colocan en los carros que deben repartirlos por la ciudad, buhoneros de todas clases, vendimias de

toda especie, señoras, criadas, padres de familia, é individuos sospechosos que buscan la ocasion de hacer su industria comunista; todos se empujan, se cruzan, y se chocan, en aquel recinto y sus alrededores.

Aumenta la confusion el incesante murmullo de los que venden y compran, y dominan en todo este ruido y algazara los descompasados gritos de los vendedores que aspiran á llamar la atencion de los transeuntes, pregonando la baratura y cualidad de sus mercancías.

No solo comestibles se encuentran en el mercado, sino tambien diversos artículos muy usuales de gran consumo, colocados en pequeños puestos en forma de cajones pegados á las casas, y que estorbando el paso son muy incómodos; la animacion que se nota siempre en Washington Market es indescriptible; cuando nos vimos en el centro de aquel laberinto estábamos aturdiditas, ya nos jalaban por un lado para mostrarnos sus mercancías; ya otras vendedoras nos presentaban sus efectos; todos nos llamaban, y nos veiamos precisadas á continuar la marcha de aquella multitud, que casi en peso nos hacia recorrer los diversos departamentos del mercado.

Fatigadas salimos de aquel local, donde reina

siempre la vida y la más completa animación y actividad.

El pueblo de los Estados Unidos es muy aseado y elegante, viste con desencia y á la moda, y la pureza de la raza sajona en ellos clasificada, los hacen no distinguir su origen sino tan solo por sus modales: hay tambien muchos negros; pero estos infelices están allí en una completa separación de los blancos, haciendo pesar sobre aquellos desgraciados los trabajos más fuertes y degradantes.

Al fin salimos de aquel barrio tan animado, concurrido solo por el pueblo, y algunos extranjeros á quienes la curiosidad, como á nosotras, ó el deseo de conocerlo todo, conducen á aquel sitio, centro de la animación mas viva y del comercio más activo.

El mercado se halla bien abastecido, y nada falta allí, para saciar la glotonería y el apetito mas refinado.

Ahora, siguiendo el plan que nos propusimos, queremos dar á nuestros lectores, á conocer en general las calles de Nueva York y para poder hacerlo así, tomaremos por Chatham Street; pero es de advertir que este paseo no lo efectuamos el mismo dia que habiamos ido al mercado, sino que fué otra de nuestras escursiones. A los

lados de la calle que acabamos de mencionar, hay una cadena de tiendas de ropa hecha, cuyos dueños en su totalidad son judios; interpoladas entre estas, encuéntranse tambien algunos establecimientos de joyería, aunque en general de piedras falsas y de pura imitación.

Siguiendo en la misma dirección observamos al fin una pendiente, y en ese sitio se halla el antiguo edificio que servia de Teatro Nacional de Purdy, donde tenian lugar en otros tiempos los sangrientos dramas y comedias vulgares, que formaban la diversion del pueblo.

Si de ese sitio tornamos el rostro hacia las calles de Mulberry Baxter ó cualquiera otra, al verlas tan estrechas como sucias, no podemos menos de admirarnos del inmenso contraste que forman con las que habiamos recorrido algunos dias ántes.

Por este lugar veense algunas casas de vecindad muy especiales de este país: este barrio realmente es un verdadero borron para Nueva York.

En medio de las casas que tienen 7 ú 8 pisos, se encuentra una callejuela angosta, donde se ven niños de corta edad cubiertos de harapos y de miseria, que se entretienen jugando.

Los cristales de las ventanas que no están

rotos, se han vuelto opacos por la suciedad que los cubre; de vez en cuando alguna persona mal peinada y sucia asoma la cabeza por aquellas ventanas, para reprender con palabras impropias á los muchachos, ó bien para llamar á algunos de ellos; de uno y otro lado de la callejuela encuéntrase cruzadas grandes cordiles, en los que se hallan suspendidos trapos que han tratado sin duda de lavar; pero que solo sirven para conservar la humedad más dañosa en esos sitios, que tan cuidadosamente debian estar vigilados por la misma muchedumbre de personas que en ellos habita.

Encuéntanse tambien algunos vendedores, que en pequeños carretones conducidos por ellos mismos, venden peses, frutas, verduras, pero todo esto ya en estado de descomposicion, para poderlo dar al precio en que esas pobres gentes pueden comprarlo. Operarios sin trabajo, ladrones sin ocupacion, ébrios de ámbos sexos que se dirijendándose traspiés á sus malas habitaciones abrazando con cariño sus botellas, criaturas prematuramente desarrojadas y embejecidas tal vez por la falta de aire y alimento; tales son los tristísimos cuadros que nos presentan esos lugares. ¡Ah! el espíritu no puede ménos que oprimirse al contemplar espectáculos tan dignos de compasion!

Las aceras de Chatham Street se encuentran llenas de transeuntes á todas horas del dia, y aun de la noche; pero especialmente á eso de las 6 de la tarde, hora en que se suspenden los trabajos del dia, es aquella calle una masa compacta.

Una de las cosas que más caracterizan esta calle, son los salones subterráneos que en ella existen, y que sirven para fomentar los vicios y de consiguiente la desmoralizacion.

Encuéntanse por allí tambien sitios inmensos de carruajes de alquiler.

De las varias líneas de ferrocarriles urbanos que corren por las calles de Chatham, para entrar en el Bowery, la de la tercera avenida es la más importante, no solo por ser la de mayor extension, sino porque su tránsito es el doble de las demás líneas, y es por consiguiente muy rica.

Despues de cruzar Chatham Square, nos encontramos en el populoso Bowery con sus no interrumpidas filas de tiendas de todas clases: lo primero que llamó nuestra atencion fué el teatro viejo Bowery.

Su arquitectura es dórica, y su fachada con sus inmensas columnas presenta un imponente aspecto. Sin embargo, grandes cuadros suspendidos de las columnas con pinturas que son las que

atraen al público, desfiguran el edificio, que tantas veces ha sido construido de nuevo.

Casi enfrente encuéntrase el teatro de Nueva York; este presenta un exterior agradable, y tiene bastante comodidad. Suelen haber en él buenas compañías.

Un poco más arriba está el jardín Atlántico, llamado también salón de música, el frente del salón hállase ocupado por los mostradores, que contienen diversas bebidas y comestibles, el resto lo cubren pequeñas mesas con sus respectivas sillas para los aficionados á la cerveza, y en el fondo hay una galería elevada, desde la cual se hacen oír los acordes de una orquesta compuesta generalmente solo de instrumentos de viento, en las noches la animación y la alegría son inmensas; las mesas se encuentran todas ocupadas, y en ellas reina el buen humor; los sirvientes con sus blancos delantales se multiplican para agradar á los concurrentes, y entre este bullicio domina la música para animarlo todo.

Hay además en Bowery gran número de edificios destinados al comercio y á negocios en general, que merecen fijar la atención como por ejemplo, el Banco de ahorros núm. 13 ó el Mechanics and Traders Savings Bank núm. 283,

hermoso edificio, en el que nos fijamos con atención, pues merece más que una mirada pasajera.

Aunque menos brillante que Broadway por la variedad que en sus distintivos ofrece, es hasta cierto punto más pintoresco: la escena que presenta desde un punto elevado es tan variada como animada; la larga serie de ventanas ó aparadores de las tiendas, donde se ostentan objetos de todas clases, abrazan todos los ramos del comercio, desde la pintada sombrilla hasta las tres bolas doradas del usurero lombardo; las banderas ó gallardetes que flotan al viento en lo alto de las casas, los carros urbanos y demás vehículos que se cruzan en todas direcciones, y la muchedumbre de personas de ambos sexos, de todas edades, tipos y condiciones, concurren á formar ese cuadro notable, cuya gran diversidad de forma y de colorido le imprimen el sello especial que distingue á Bowery.

En el extremo superior de dicha calle hay un pequeño jardín rodeado por una verja de hierro, detrás de la cual se eleva el magnífico edificio de "Cooper Institute."

El piso subterráneo lo ocupa casi exclusivamente el salón de reuniones y lecturas públicas, donde han tenido lugar tantos "Meetings" políticos.